

あざの耕平 (GoRA)

Illustration
鈴木信吾 (GoHands)



CAPÍTULO 9:

Los hombres del clan comenzaron a alejarse del centro de la intersección. En parte porque era el deseo de los reyes, pero sobre todo porque simplemente fueron empujados por la energía que liberaron los reyes. No sería una exageración decir que la presencia de los reyes con santuarios ahora activados creaba una presión físicamente tangible. El área se había convertido en una zona de entrada prohibida.

Los dos reyes se acercaron el uno al otro, uno frente al otro en el centro de la gran intersección.

Suoh, vestido con llamas ardientes. Munakata con una cuchilla afilada en la mano.

Suoh sonrió, "¿Qué vas a hacer si la cosa cae?"

"No dejaré que eso suceda, ni a mi espada, ni a la tuya.", escupió Munakata con frialdad.

"Entonces tú también cuidarás la mía, ¿huh?"

"Simplemente necesito incapacitarte rápidamente lo suficiente como para impedir tu capacidad de luchar. Bien, cortar una extremidad o dos debería ser suficiente, me imagino."

"¡Qué espíritu! Eso me dolería."

"Sí, ciertamente estás enfermo. Más allá de la ayuda en eso."

Llamas rojas y cristales azules parecían haber llenado todo el espacio. El fulgor llameante y la mirada gélida se cruzaron y se enredaron, enviando chorros de chispas volando.

Sus poderes respectivos se antagonizaron y estallaron.

El golpe de Suoh y el corte de Munakata fueron sincronizados en perfecta sincronización. Las ondas de choque de su colisión se extendieron como un tsunami, la superficie de la calle se hinchó y se desmoronó.

Unos pocos miembros del clan fueron expulsados por las turbulentas corrientes de los poderes devastadores. Pero en ese momento, el campo de visión de los dos reyes ya no se había reducido a nadie más que a los demás. Todos sus nervios comprometidos, estaban tratando de leer los movimientos del oponente, descifrar sus intenciones.

La punta de la espada de Munakata dibujó un arco hacia atrás. Suoh golpeó con el codo y luego lanzó un gancho de izquierda. Munakata bajó la cabeza, sin bajar la mirada.

Una barra hacia abajo. Una patada. Una rebanada horizontal. Un golpe. La llama ardiente ondeaba de un rojo brillante, la barrera helada brillaba intensamente azul.

"¿Por qué?!" Munakata ni siquiera se dio cuenta de que había gritado esta pregunta hasta después de haberla hecho. "Fuiste elegido para ser rey, entonces ¿por qué no estás cumpliendo tu misión como tal?"

"¡Porque me fastidia!" Rugió Suoh. "¡No voy a dejar que una misión tan estúpida como la mía decida algo por mí!"

"¡El poder tiene la responsabilidad de usarlo de la manera correcta!"

"¡Ha! ¿Y para qué es esa responsabilidad? ¡Muéstrame al bastardo que quiere que lo tome!"

"¡Todos los aplastados por la miseria del mundo! ¡Las buenas personas cargan con dificultades injustas!"

"¿Y estás interpretando a su representante, ¿huh? ¡No me hagas reír!"

"¡Suoh! ¡Tu arrogancia es la arrogancia de los fuertes!"

"¡Depende de uno decidir si es fuerte o débil! ¡No es algo en lo que los extraños puedan meterse!"

"No tienes ningún sentido. ¡Hablar contigo es una pérdida de aliento, después de todo!"

"¡Sigue hablando! ¡El bastardo que solo puede juzgar a los demás por sí mismo es un idiota certificado, no importa cuán inteligente sea él, Munakata!"

Los dos chocaron con un estruendoso golpe, sus duras miradas se perforaban.

Suoh elevó la producción de su poder. Munakata respondió. La producción de Suoh subió aún más. Munakata se mantuvo firme. Suoh lo elevó otro poco, y en el siguiente ataque, el tremendo y violento torrente de poder que fluía dentro de Suoh que haría que alguien preguntara de dónde venía, se desató. Pero Munakata aún no se movió ni una pulgada. Ya no recurriendo a trucos, tomó el ataque de frente, esta vez tratando de callar a Suoh. Los dos que estaban parados en medio de la violenta tempestad de poder ni siquiera pestañearon.

Los dos poderes enfrentados se concentraron, comprimieron, condensaron y explotaron.

El poder, liberado del choque, arrasó y causó caos por doquier. Mientras los torrentes de huracanes de la explosión estaban ocupados bailando, Suoh y Munakata ya estaban compitiendo por el puesto para el siguiente ataque.

El sable brilló con una velocidad increíble. Rozó el pecho de Suoh mientras esquivaba, lanzando de inmediato un nuevo ataque propio.

Una bola rápida hecha de llamas quemó el cuello de Munakata. La barrera azul alejó al Rey Rojo.

Antes de que Suoh lo supiera, estaba aullando de risa.

Fue una sensación de liberación lo que le hizo nadar la cabeza. Hizo que su corazón se iluminara. Hizo bailar a su alma.

Todo su cuerpo estaba ardiendo con el blanco calor hasta el contenido de su corazón, mientras el "poder" dentro de él hacía rugir un grito de guerra. La irritación sin forma que siempre lo molestaba y atormentaba tanto, desapareció sin dejar rastro. Todos sus nervios estaban entumecidos por la furia, con una euforia tan intensa que lo dejó paralizado.

Y Munakata, también, se levantó al desafío otra vez.

Nunca antes había experimentado esa resistencia tan fuerte.

Cada célula de su ser reunió todo su poder y trató de derribar el primer desafío real que enfrentó en su vida alegremente y con loca energía. Mitad de soltar su control, corrió en la dirección que él mismo había designado como el que conducía a sus ideales. Su verdad estaba tomando forma con un vigor que nunca podría haber imaginado.

La espada que estaba siendo derribada en un corte diagonal fue detenida por las llamas hirvientes. Un pie de patadas que levantaba un rugiente viento en su acercamiento desde el suelo se encontró con la cuchilla destellante que disipó la energía con un chasquido, haciendo que el ataque fuera inútil.

Suoh se cruzó de brazos y, enroscando sus llamas alrededor de ellos, atacó a Munakata. Munakata fue arrojado hacia atrás, los faldones de su uniforme recorriendo el concreto, cortando la intersección y chocando contra un edificio.

Dentro de la nube de polvo levantado, la luz plateada de acero se transformó en una columna de hielo y atravesó las llamas. El chorro sangriento que extrajo se evaporó instantáneamente por el calor abrasador.

Golpe. Contacto. Calor justo después. Carne cortada

Corte. Choque. Soportar. Otro corte.

Dolor. Impacto. Destello.

El asfalto se resquebrajó, los edificios se derrumbaron. La llama bailó, los cristales se abrieron de golpe. El calor y la luz se cruzaron, rojo y azul se enfrentaron en un baile salvaje. La obstinación y la convicción colisionaron, la furia y el placer se derramaron.

El cielo azul estaba medio teñido en bermellón, medio absorbiendo índigo profundo.

Las dos espadas en el cielo no cedieron una a la otra, sus puntos, como siempre, cada una dirigida a su propietario respectivo.

"No eres tan malo, huh."

"Tú, tampoco."

"¡Pero aún no es suficiente!"

"¡Mismos sentimientos!"

"¡Clash!" Choque.

La cuchilla y el puño, el "poder" y el "poder" colisionaron frontalmente. No se deshicieron en el contacto, siguieron presionándose unos a otros, comprometidos en un tira y afloja mortal.

Aún otra ronda de la lucha del "poder". Las oleadas de poder que se filtraban fuera del campo de batalla se revolvían violentamente como dragones heridos. Rabiosos y riendo, destrozaron el entorno.

Sin prestar atención a lo que estaba sucediendo a su alrededor, los reyes rechinaron los dientes y presionaron hacia adelante.

El segundo choque superó con creces el primero. Con los reyes en el centro, se acumulaban grandes cantidades de poderes terribles.

A pesar de eso, los dos siguieron empujando, presionándose entre sí, sin ceder ni una pulgada. Era solo de esperar. Si cualquiera de ellos se relajara un poquito, toda la energía acumulada se inundaría en esa grieta. Era como el póker. Cada conjunto muerto en aplastar al oponente, las apuestas se elevaron una y otra vez. Sin tener en cuenta la posibilidad de su propia derrota por completo, estaban ocupados con la única tarea: destruir a la parte contraria. El poder de los dos, que trataban de abrumar al otro con todas sus fuerzas, se enfrentaron, irónicamente igualados uniformemente uno al otro.

Gruñidos de animales escaparon de sus gargantas. El brazo que confiaba en el puño tembló, la mano que sujetaba la espada se entumeció.

Llegaron al límite al mismo tiempo. En el último momento, como por consentimiento común preestablecido, ambos dieron un paso al frente.

Una explosión ocurrió.

Los turbulentos torrentes de poder desgarraron como si intentaran reducir toda creación a cenizas. Los reyes, habiendo arrojado todo al oponente, fueron tragados por los violentos torrentes, a su merced, sin tiempo para defenderse.

Suoh esparciendo chispas, Munakata derramando cristales, los dos se arremolinaban en el cielo, caían y se estrellaron contra el suelo destrozado con un ruido sordo.

Pero, a pesar de eso, aún no había terminado.

"...Khe.", Suoh se puso de pie.

"...Pew.", Munakata se puso de pie también.

El daño que ambos tomaron no era algo que pudieran ocultar, pero dos pares de ojos todavía brillaban con inagotable espíritu de lucha, el poder que irradiaban se convirtió en un aura que pintaba sus cuerpos enteros con su color respectivo.

Las expresiones agudas en las caras de los dos no estaban perdiendo el choque entre el primero y la espada. La boca de Suoh se dibujó en una sonrisa feroz, y una sonrisa enérgica jugó en los labios de Munakata, ambos igualmente audaces y atrevidos. Una emoción que casi excedía la ira se mostraba a través de ella.

"Me cabreas tanto, en serio."

"Lo mismo digo."

"Me vuelvo loco."

"¿Ya no lo estabas? ¿Se supone que eso es un chiste?"

Suoh apretó los puños otra vez, y Munakata agitó su sable bruscamente. El espíritu de lucha desnudo fruncía el ceño, la determinación de no ceder con vehemencia.

"Hey, Munakata. No puedo soportarte."

"Qué casualidad, Suoh. Siento lo mismo por ti."

"Me dan ganas de aplastarte como a un gusano."

"Te cortaré miembro a miembro."

"No puedo esperar a ver tu cara de llanto."

"Tengo muchas ganas de verte arrastrándote ante mí."

Los dos estaban lanzando palabras mordaces de un lado a otro alegremente. Las llamas y los cristales, sopladados alrededor, crearon una tormenta de flores rojas y azules que caían.

Suoh extendió su mano izquierda, doblando su brazo derecho y poniéndolo detrás de su espalda. Munakata sostuvo su espada verticalmente en paralelo con su cuerpo.

"Aquí voy."

"Ven a mí."

Los dos reyes se volvieron locos, sacudiendo el eje mismo de la tierra.

Las dos almas saltaron, soltando los grilletes.

Es cuando...

"En el final de la batalla, ¿se unirán los opuestos?"

Las suaves palabras fluyeron fácilmente a través del campo de batalla de los dos reyes. Detrás de su tranquilidad, sin embargo, estaba el poder oculto. El poder que era lo suficientemente fuerte como para rivalizar con el remolino de llamas y cristales.

Tanto Suoh como Munakata tuvieron momentos de enfrentamiento de nuevo, pero dieron un inicio y se detuvieron en seco en su lugar. Por primera vez desde el comienzo de su batalla, se quitaron la vista el uno al otro, girando sus cabezas bruscamente hacia la fuente de la voz.

En la intersección que se transformó en el campo de batalla, se levantó una sola persona. Era un hombre elegante, vestido con ropa tradicional japonesa y un sombrero de fieltro; una espada japonesa que tenía con él estaba clavada en el suelo como un bastón. Su apariencia, con una leve sonrisa en los labios, era una reminiscencia de un sabio cacheando en el país de las hadas.

El hombre, sin embargo, no era un sabio sino un rey. Muy por encima de sus cabezas, otro objeto cristalino gigante flotaba, ocultando el poder del desperdicio como el rojo y el azul.

La Espada transparente de Damocles desprovista de color: el símbolo del último de los Siete reyes, el Rey Incoloro.

"Encantado de conocerlos, Rey Rojo Suoh Mikoto, Rey Azul Munakata Reisi. Yo soy el Rey Incoloro, Miwa Ichigen, el árbitro de los Siete Reyes. A petición del Rey Dorado, Kokujouji Daikaku, vine a visitarlos, aunque mi aparición sea tardía.", dijo el hombre, Miwa. "No insistiré en que hablen de sus diferencias. Tampoco les pediré que se entiendan. Sin embargo, exijo que depongan las armas. Esto es todo por hoy. Suficiente."

Como si toda la furia y la locura a su alrededor no lo molestaran, su voz era omnipresente, rica e insondablemente profunda. Había una madurez tranquila y tenue, como si su dueño observara a los dos jóvenes reyes con una sonrisa.

Suoh y Munakata, antes estupefactos, finalmente salieron de su aturdimiento y entrecerraron sus ojos hacia él.

"¿Qué diablos?! ¿Como si...!"

"Disculpe, pero por favor, este asunto es..."

¡Tap!

En contraste con las voces elevadas de los dos reyes, Miwa solo golpeó ligeramente la punta de su larga espada enfundada en el camino.

La mirada que todo lo ve se entrenaba en Suoh y Munakata desde detrás de los flecos de su peculiar cabello negro que le llegaba a los hombros.

"Todo entre ustedes dos se resolverá. Pero no aquí, y ahora no."

Suoh y Munakata encontraron difícil confiar en sus mentes en ese momento, pero era un hecho difícil que ambos sintieran que las palabras del hombre eran, de hecho, "verdaderas".



Luego, como si siguiera esa realización, el "conocimiento" ascendió a la superficie desde lo más profundo de sus cabezas.

El Séptimo y el Rey Incoloro, Miwa Ichigen. El hombre a la derecha del Rey Dorado, con su poder de profecía: la capacidad sobrenatural de ver el futuro.

El poder de Miwa de ninguna manera era adecuado para el combate. Ni a Suoh ni a Munakata les pareció un rey que podría considerarse una amenaza.

Sin embargo, al mismo tiempo, por alguna razón inexplicable, ninguno de ellos pudo ignorarlo. Al igual que Suoh, Munakata y Kokujouji, él también tenía una especie de presencia misteriosa sobre él que, sin embargo, era muy diferente de la de ellos. Sus argumentos, no respaldados por un poder superior, sin embargo penetraron suavemente en medio de los reyes que tomaron sus posiciones basadas en el poder, sin despertar resistencia y alerta.

El árbitro de los siete reyes.

Ahora entendieron cuán apropiada era esa presentación.

"Disculpa, pero..." Miwa sonrió con una sonrisa de un Bodhisattva sellando a Ashura. En esa sonrisa vivió la "absolución" de los muchos años de vida que tuvo en Suoh y Munakata.

El Rey Incoloro también era conocido como "El Rey Bufón".

¿Quién sino un bufón podría tomar las convicciones obstinadas de los demás, mirarlos objetivamente, presentarlos de una manera desapegada y resolver las disputas sobre ellos con una sonrisa.

"Déjenme recordarles el incidente de Kagutsu. Por hoy, esto es suficiente. ¿Tengo su comprensión?"

Y...

Ahí fue donde la cortina cayó abruptamente.

Y ese también fue el comienzo del ambiguo "lazo del destino" que vinculaba a Suoh y Munakata, el Rey Rojo y el Rey Azul.